

◆ **Introducción**

Luis Martín-Estudillo, Francisco Ocampo y Nicholas Spadaccini
Universidad de Iowa y Universidad de Minnesota

Tal y como se prometió en el volumen inaugural de *Hispanic Issues On Line*, en esta segunda entrega ofrecemos una selección de trabajos escritos por colegas que desempeñan su labor fuera del ámbito académico estadounidense con el fin de ampliar el marco del debate acerca de la situación actual y las perspectivas de nuestras disciplinas. Algunas aportaciones toman posiciones abiertamente polémicas, invitando con ello a un diálogo que el público lector de *HIOL* está invitado a continuar en nuestro foro interactivo. Nos proponemos así facilitar un espacio de encuentro en el que puedan conjugarse preocupaciones locales y globales, además de realizar una llamada de atención sobre ciertas tendencias homogeneizadoras presentes en los distintos ámbitos académicos. Si bien en una universidad como la española la corriente dominante seguiría siendo de orientación filológica, en otras como la estadounidense se tiende a

privilegiar los llamados Estudios Culturales. En ambos casos, lo que se advierte tanto en varios de los ensayos aquí incluidos como en los del volumen anterior es la necesidad de flexibilizar los debates para dar mayor presencia a voces y aproximaciones de distinto cariz.

En este orden de cosas, como señala Márcio Seligmann-Silva desde Brasil, puede resultar productivo dejar de lado categorías como las de “centro” y “periferia”, pues en mayor o menor medida el acceso a la información ha crecido exponencialmente durante la última década; ahora se convierte en determinante cómo establecemos nuestras relaciones con lo “local” (en tanto que elemento diferenciador de nuestros respectivos trabajos), al mismo tiempo que tal “lugar local” “debe ser pensado de modo complejo, ya que, debido a la referida movilidad de los intelectuales, deviene un constructo de múltiples estratos en constante movimiento” (3). Para Seligmann-Silva, la positiva aportación de los Estudios Culturales sobre cuestiones de etnicidad, género y crítica de las propias instituciones académicas no debería terminar reproduciendo los mismos mecanismos de construcción identitaria que han contribuido a desmontar. Como ejemplo, menciona la sacralización de lo subalterno local con la consiguiente rebaja de deconstrucción crítica de esta categoría. A ello podría añadirse la apropiación de subalternidades ajenas por parte de intelectuales del primer mundo que a veces necesitan de causas célebres con las que probar sus sofisticados entramados teóricos, haciendo caso omiso puntualmente de las discusiones en torno a las mismas que se realizan en sus ámbitos originarios.

Desde parecidos términos, el intelectual guatemalteco Mario Roberto Morales emprende una crítica profunda de la práctica de los Estudios Culturales (especialmente estadounidenses) partiendo de la convicción de que éstos deberían llevar a cabo un ejercicio de autoanálisis sobre la propia disciplina, sugiriendo “una readecuación de los supuestos teóricos e ideológicos de los Estudios Culturales de izquierda académica estadounidense, para explicar los hechos y las dinámicas interculturales *en América Latina, desde América Latina, para y por América Latina*” y paralelamente “determinar hasta qué punto la solidaridad y la intercesión hacia los grupos subalternos es o no neocolonialismo cultural y moral, y asistencialismo y pater(mater)nalismo que se hacen efectivos por medio de la idealización de las nociones de ‘pueblo’, ‘lo popular’ y ‘el subalterno’”. Morales entiende que ciertas aproximaciones a lo latinoamericano tienden a esencializar una realidad extremadamente compleja, y menciona “los

intrincados *mestizajes diferenciados y diferenciantes* que constituyeron la realidad colonial y poscolonial latinoamericana, y que produjeron un sujeto clasistamente plural y diferenciadamente mestizo en lo etnocultural”. Una respuesta a objeciones de este tipo la presenta John Beverly en un ensayo reciente (“El latinoamericanismo después de ‘9/11’”), en donde las califica de “neo-arielistas” y arguye que han sido incapaces tanto de ejercer la autocritica como de producir una alternativa eficaz frente a los modelos hegemónicos norteamericanos. Desde la Argentina, María Gabriela Mizraje concuerda a grandes rasgos con la preocupación de Morales: según ella, es necesario superar unas tendencias académicas homogeneizadoras que, tanto dentro del contexto académico argentino como fuera de él, originan “el gran equívoco de un continente que no es; un continente latinoamericano abordado desde afuera hasta la simplificación irresponsable y correlativamente la dominación fácil”. Ello estaría ocasionado por inercias institucionales así como por las exigencias de un mercado que demanda mayoritariamente productos de digestión fácil y no reflexiones sobre producciones tan complejas y variadas como las que componen las diferentes culturas de América Latina. El reconocimiento de lo que su pasado tiene en común, y de unos lazos todavía activos en gran medida, no debería anular el estudio de cada una de las comunidades que componen este conjunto en sus particularidades, “fortaleciendo la capacidad de ofrecer lo propio”.

Quizás una de las claves a tener en cuenta para no caer en ciertas simplificaciones asociadas con los Estudios Culturales pueda ser un mejor aprovechamiento de la rica tradición de los estudios literarios en sus diversas vertientes. Tanto los contribuidores antes mencionados como otros participantes recogen la idea planteada ya en el anterior volumen de *HIOL* (especialmente por Tom Lewis y Mabel Moraña) de que el innecesario arrinconamiento de problemáticas estéticas y literarias, a veces percibidas como si éstas no fueran compatibles e incluso interdependientes con las socio-culturales, ha producido un abandono de las pesquisas en torno a la especificidad de este tipo de discurso el cual, en último término, ha tenido un papel innegable en la formación y reproducción de sentido en nuestras sociedades. Hasta cierto punto, podría decirse que el arsenal de recursos analíticos refinado mediante y para el estudio del fenómeno literario tiene todavía mucho que ofrecer para el entendimiento de las distintas esferas de la cultura en toda su complejidad; eso sí, partiendo siempre de la especificidad de cada texto. Especificidad que remite poliédricamente a

toda una serie de condicionantes: el de un autor en su contexto histórico-cultural, el de las variadas recepciones del texto en diferentes momentos y lugares y con distintos intereses y agendas en mente, el de la función social del mismo, el del género en el que se enmarca y la tradición de la que parte, etc. Todo ello viene a resaltar la enorme complejidad que supone no sólo el estudio de la obra en sí, sino también la consideración de los entramados textuales y sociales en los que se generó y en los que su recepción opera. En último término, estas discusiones acerca de la utilidad de uno y/u otro acercamiento han de sobrepasar los debates sobre las propiedades inherentes a los mismos para encuadrarse en los marcos de políticas institucionales y convicciones personales, que son los que a menudo definen la prevalencia de ciertos tipos de estudios en determinados contextos académicos, como puede apreciarse en el estudio que llevan a cabo Altschul y Nelson sobre la hegemonía de la Filología en España y sus tensiones con los acercamientos más extendidos en Norteamérica.

Los ensayos incluidos en este volumen indican que las prácticas de nuestras disciplinas están condicionadas hasta cierto punto por marcos institucionales y exigencias de mercado. Así, cuestiones como las de la estructuración y financiación de los departamentos, de la posición que ocupan las Humanidades en los centros universitarios (y, por extensión, en las sociedades en las que vivimos) y la importancia del estudio del español—especialmente donde se estudia como lengua extranjera o como segunda lengua—tienden a definir cómo se organiza la disciplina, desde los contenidos de los cursos impartidos hasta las subespecializaciones requeridas por el mercado. Éste es el caso del auge de un área como la lingüística aplicada a la adquisición de segundas lenguas en un contexto como el estadounidense, en el que la enseñanza del español es la principal fuente de recursos económicos de los departamentos de lenguas extranjeras, aunque esto se deba, paradójicamente, a una realidad que vuelve problemática la inclusión del castellano dentro de tal categoría. Por el contrario, el descenso del alumnado experimentado en las carreras de Humanidades en España y otros países europeos (como destacan Cabo, López y Steenmeijer) se ha traducido en una mengua de las plazas docentes e investigadoras en nuestras áreas y la consiguiente renovación del profesorado. Cabo habla del estancamiento de la universidad española, la cual parece incapaz de ofrecer estabilidad a nuevas generaciones de investigadores, algo que se acentúa por la selección endogámica de un sistema universitario que incorpora nuevos miembros por razones de

afinidad frente otros criterios de selección de carácter científico, académico o de mercado (Subirats y Demonte). Una situación análoga se vive en la Argentina, como señalan Di Tullio y otros colaboradores.

En el fondo, lo que parece existir, como sostiene el lingüista español Ángel López, es una crisis en el papel público de los intelectuales académicos, que han sido reemplazados por tecnócratas creadores de argumentos al servicio de intereses políticos. López hace hincapié en el abandono de la antigua función social “de debatir públicamente las ideas” para centrarse en lo que él llama “obsesión pedagógica que, desde mediados de los ochenta, empezó a aquejar al mundo de la enseñanza y la proliferación de teorías lingüísticas formalistas—funcionalismo, generativismo, cognitivismo—”. Concluye que este alejamiento de problemáticas sociales puede terminar deslegitimando la disciplina a ojos del público. Se abre así un vacío en los medios de comunicación que ha sido ocupado, al menos en parte, por especialistas en nada que no sea la facturación de opiniones rápidas que simplifican los horizontes de la realidad para unos públicos hambrientos de *fast thought*. Emerge al mismo tiempo un tipo de centro “a medio camino entre la academia y los creadores de opinión” (Otero Roth) en el que los estudios sobre lengua y cultura tienen cabida debido a la creciente concienciación acerca de la importancia que estas dimensiones tienen para la economía y las políticas exteriores, hasta tal punto que, en España, la lengua se ha convertido en “cuestión de Estado”. Es destacable que la oficialmente promulgada relevancia del castellano en los asuntos internacionales, de magnitud inigualable por las otras lenguas oficiales de la nación ibérica, ha ido acompañada por el reconocimiento de la diversidad lingüística de España al menos en un plano simbólico (como queda patente al haberse introducido el uso del gallego, catalán y vasco en las instituciones europeas, siendo los gastos que esto supone cubiertos por el Estado). Con todo, esta doble dinámica no ha impedido la existencia de tensiones causadas por las diversas políticas lingüísticas en juego en los ámbitos peninsular y latinoamericano, como se aprecia en la contribución de Virginia Bertolotti sobre el papel del Instituto Cervantes.

La importancia de las redes lingüísticas globales ha facilitado lo que se ha interpretado como una expansión neoimperialista en América Latina de empresas españolas, cuyas actividades e imagen de “nuevos conquistadores” han suscitado recelos nacionalistas en las antiguas colonias. Estas iniciativas empresariales se han visto favorecidas por la

pertenencia de España a un área cultural (y sobre todo lingüística) de primer orden. Esto supone una ventaja fundamental a la hora de explotar financieramente las vastas redes actuales de “trabajo y cooperación inmateriales”, por usar una expresión de Michael Hardt y Antonio Negri. El papel económico de la lengua española no se limita, claro está, al país ibérico ni a los otros en los que es idioma oficial. En Brasil, por ejemplo, el gobierno ha venido impulsando su enseñanza en todo su sistema educativo con vistas a consolidar su fuerte posición en MERCOSUR, mientras que en los EE.UU. y Canadá (Colantoni) una creciente población estudiantil la considera una herramienta importante para el éxito profesional.

Destaca, en definitiva, la concienciación acerca de la relevancia que las afinidades lingüísticas y culturales tienen en los últimos desarrollos del capitalismo, lo cual ha conllevado que se preste mayor atención a la dimensión económica de ciertas prácticas simbólicas cuyo impacto material se había pasado por alto. Y por ello están en juego no sólo sentimientos nacionalistas capaces de excitar las pasiones de los pueblos, sino también—de manera menos evidente—el control de los abundantes recursos asociados a unas industrias culturales en expansión.

Ese tema, que ya aparecía entre las consideraciones reflejadas en el primer número de esta publicación, se codeaba allí con el de las conexiones entre los estudios de lingüística y literatura. Comprobamos que tal relación también surge en algunas de las contribuciones a este volumen: frente a la posición de la lingüística formalista, se ha desarrollado una tendencia paralela que va más allá del dominio de la oración reforzando, por un lado, la interacción lengua/sociedad y, por otro, extendiéndose a los estudios del discurso. Esta relación hacia el discurso llegaría a constituir una convergencia con los estudios culturales y, por lo tanto, una reaproximación entre lingüística y literatura.

La situación de la lingüística, y en particular de la lingüística hispánica en Argentina, se considera con especial detenimiento porque sirve para ilustrar los desarrollos de la disciplina desde principios del siglo XX hasta nuestros días, pasando por una contextualización política que resalta la influencia de los condicionamientos sociales en las tareas intelectuales. Así se puede apreciar en las contribuciones de Ángela Di Tullio, Mabel Giammatteo, Hilda Albano y Guiomar Elena Capuscio, quienes señalan las rupturas institucionales que la dictadura provocó dentro del ámbito universitario argentino.

Con la normalización de las instituciones tras la caída de la dictadura se reanudan líneas de trabajo interrumpidas y se diversifica la disciplina, incorporándose nuevas áreas de estudio como la pragmática, la psicolingüística y el análisis del discurso (Ciapuscio, Giammatteo y Albano, Di Tullio). Otro tema de relevancia es la interdisciplinariedad, que en la Argentina siempre ha tenido cierto peso al relacionar estrechamente la lingüística y la literatura partiendo de la herencia de la estilística, presente ya desde la labor de Amado Alonso (Di Tullio). Más recientemente, esta interdisciplinariedad se manifiesta en el campo de la neurolingüística y en los estudios sobre las comunidades indígenas (Giammatteo y Albano). Esta conexión se da también en Canadá, donde la lingüística es una disciplina prestigiosa a causa de una tradición de trabajo con lenguas aborígenes y de una sociedad comprometida con el multiculturalismo y multilingüismo (Colantoni).

También desde ese vecino septentrional, Giménez Micó reivindica la óptica “otra” que aportan los estudios hispánicos canadienses ante el triángulo América Latina-Iberia-EE.UU. Importancia análoga pueden tener los trabajos llevados a cabo en otros países de gran tradición humanística, como Italia, cuya evolución como potencia iberista e hispanoamericanista traza Giuseppe Bellini. Fernando R. De la Flor, por su parte, indaga en las causas profundas de lo que ve como un “giro visual” en nuestras disciplinas ante la innegable preponderancia de la imagen en la esfera simbólica.

En definitiva, los lectores de esta segunda entrega de HIOL podrán apreciar que las conjugaciones de pasado y presente, de tradición y nuevas aproximaciones, y de diferentes espacios de debate abren anchas vías de intercambio de ideas en unas disciplinas que ganan en profundidad, atractivo e influencia intelectual con la apertura a la heterogeneidad. Esto lleva consigo el cuestionamiento constante de discursos que quieran imponerse como las únicas respuestas admisibles a los complejos problemas abordados desde los estudios hispánicos.

I. ESTUDIOS LITERARIOS Y CULTURALES

